

GRANDES AGUACEROS

Con motivo de la catastrófica inundación que sufrió la ciudad de Valencia el 14 de octubre último, se ha hablado mucho sobre el tema de los grandes aguaceros en nuestras latitudes.

Las primeras noticias indicaron lluvias del orden de los 600 o más litros por metro cuadrado, las cuales se han rectificado luego por el Servicio Meteorológico que señala precipitaciones entre los 200 y 300 litros en 24 horas. Esta cantidad de lluvia si bien es un fenómeno poco frecuente no es tampoco algo excepcional; en nuestra comarca tenemos registrados aguaceros todavía más intensos, si bien la configuración orográfica del Campo de Tarragona hace que solo sean vulnerables a las inundaciones unas reducidas zonas en la desembocadura del río Francolí y de algunas rieras.

Del «aiguat» de Santa Tecla, ocurrido el 23 de septiembre del año 1874, de tan triste recuerdo en el barrio marítimo de Tarragona, no tenemos datos pluviométricos exactos, pero en diversos escritos se estudia dicho aguacero; en la Memoria del Proyecto del Pantano de Riudecañas, redactada en julio de 1902, o sea, 28 años después, se señala una precipitación acuosa del orden de los 250 a 300 litros por metro cuadrado en el espacio de pocas horas, extensiva no solo a la cuenca del Francolí, sino a todas las rieras y cauces del campo de Tarragona. En dicho documento se estudia detalladamente la importancia de la avenida de la riera de Riudecañas dicho 23 de septiembre, dato esencial para calcular el aliviadero de superficie y tras numerosos y prolijos cálculos, el Ingeniero autor del proyecto D. Cayetano Ubeda, llega a la conclusión de que el caudal de la riera fué de unos 22.000 litros por segundo.

Posteriormente y ya con datos pluviométricos exactos tenemos el extraordinario aguacero registrado en Riudecañas el día 1.º de noviembre de 1909 donde en 13 horas se recogieron 316 litros por metro cuadrado. Hay que

hacer resaltar la gran dificultad de medir exactamente estas grandes lluvias, los pluviómetros del tipo Dujardin como el que había entonces y sigue todavía en Riudecañas, solo tienen capacidad para recoger 150 litros por metro cuadrado, por tanto, dicha cifra de 316 solo pudo medirse gracias al celo del entonces encargado del pluviómetro D. Pedro Mariné, que bajo la formidable lluvia, vació por dos veces el aparato, recogiendo el agua contenida en el mismo; el detalle de la intensidad de la lluvia fué el siguiente:

De las 5 a las 8'30 .	25'6	lts. por m ²
De las 8'30 a las 14 .	150'7	» » »
De las 14 a las 16 .	140'-	» » »
Total en 13 h.	316'3	lts. por m ²

Afortunadamente esta lluvia, de intensidad quizás mayor a la de Santa Tecla, tuvo mucha menos extensión que ésta, limitándose solamente a la cuenca de Riudecañas e incluso en la parte superior de la misma fué menos importante que la recogida en el lugar donde se construía la presa. Esto hizo que la avenida fuera algo menor si bien fué también impresionante.

La construcción de la presa estaba en aquella fecha, muy atrasada, solamente sobresalía escasos metros sobre los cimientos y la enorme avenida arrastró gran cantidad de enseres y material, incluso varias vagonetas, que no pudieron ser hallados.

Otro gran aguacero es el conocido como «aiguat de Sant Lluc» ocurrido el 18 de octubre de 1930 y del que casi todos tenemos memoria. Este día se registraron en Riudecañas 170 litros por metro cuadrado y cantidades aproximadas en todo el Campo de Tarragona y cuenca del río Francolí; no fué de la intensidad de los citados anteriormente, pero dejó triste recuerdo por haber ocasionado víctimas así como importantes daños en los barrios marítimos de Tarragona y Cambrils.

Ahora bien, estas cifras de lluvia recogida en aguaceros excepcionales en nuestras latitudes, son casi insignifi-

cantes si las comparamos con las que suelen recogerse en regiones tropicales; durante el paso de un tifón, son cifras habituales para muchos lugares del Pacífico los 750 litros por metro cuadrado y algunos puntos de Filipinas, India y Birmania han llegado a sobrepasar los 1000 litros en 24 horas. Pero estas lluvias enormes ocurren en países muy lluviosos, cuyos ríos y valles ya están adaptados a la gran cantidad de agua que cae anualmente y no tienen casi nunca dificultad para drenar estas grandes masas de agua; en cambio cuando en nuestras latitudes se presentan aguaceros de solamente un tercio de intensidad de los citados en países tropicales, se encuentran con una orografía no preparada para estas lluvias que representan a veces el 60 u 70 % del promedio anual, los ríos y desagües no están adaptados para esta cantidad de agua y entonces sobreviene la inundación.

En el caso concreto de la inundación valenciana del 14 de octubre, incluso considerando solamente una precipitación de 250 litros por metro cuadrado, nos da un total de agua caída verdaderamente extraordinario; suponiendo que la lluvia abarcara una zona de 100 Km. de longitud por 60 de anchura, tenemos que en pocas horas cayeron sobre la misma mil quinientos millones de metros cúbicos; considerando que de esta agua caída corriera por la superficie del terreno solo la mitad, necesita para ser desaguada en 24 horas de un caudal de 10.000 metros cúbicos por segundo para el cual el cauce del Turia resulta extraordinariamente pequeño.

Esta inundación, probablemente la más grave que ha sufrido Valencia en su historia, no ha sido la primera ni la más importante de las ocurridas en dicha zona en épocas geológicas muy recientes. La capa de barro de 40 a 50 cm. de espesor que constituye la pesadilla de los valencianos, no es sino la última aportación del Turia a las sucesivas capas de aluvión que han ido formando el llano y fértil suelo de la vega valenciana; grandes inundaciones, quizás mayores que las de este año, separadas a veces miles de años entre sí, fueron llevando las tierras de

la cuenca alta del río para depositarlas en lo que hoy constituye la fértil huerta valenciana.

La bella capital levantina, a pesar de los grandes males que le ha producido el río Turia, no puede maldecir de él puesto que le debe no solo la prosperidad y riqueza de su huerta, sino también su propia existencia geológica.

Enrique Aguadé Sans

Enrique Borrás, ¡Ha muerto!

¡Qué tristes las horas son, las que se desgranán lentas, lentas, como una procesión de libélulas vencidas, llevando en sus alas transparentes, el fulgor de glorias extintas!

¡Cuán triste el declinar de una tarde otoñal, en la delicuescencia apoteósica de su cromatismo, en la limpia desnudez de la hora que se desvanece fugaz!

¡Oh!, ¡Las pálidas rosas del atardecer, —laureles póstumos a la Luz— cantos sollozantes de un sol agonizante, en un ocaso violento, inflamado, transido de rebeldías!

¡Qué suavemente tristes y serenos, los momentos del definitivo vencimiento!

Flébiles son los momentos que, penosamente, están en el puente del espacio y del tiempo y unen, como una paradoja, la brillante fulgente del gesto arrogante de la Vida, y la palidez exangüe del gesto caído de la muerte.

Mas, para los seres excepcionales, para los hombres de talento, el rosario pálido que marca el véspero de su vida, tiene la suave melancolía de un adiós definitivo. Tiene la suavidad tierna de una caricia de alas, la inefable armonía, como de un beso de almas. Y el presentimiento cercano de la desaparición definitiva, infunde una grávida serenidad, que surge, como un ritmo de Belleza, de ese ígnoto sentido de la vida.

¡Oh, el Otoño de la Vida!

¡Oh, el Otoño de la vida del Hombre!